



Comentario a Juan Pablo Hudson: *Las partes vitales: experiencias de jóvenes de las periferias*, Tinta Limón Ediciones: Buenos Aires, 2015, 208 páginas.

### Esteban Rodríguez Alzueta

LESyC, UNQ

“Las partes vitales” de Juan Pablo Hudson es un libro escrito en Rosario sobre Rosario, o mejor aún, sobre las experiencias de los jóvenes en la periferia rosarina. Porque Rosario es una ciudad donde habitan muchos mundos. El mundo de los jóvenes de la periferia no es experimentado de la misma manera por los adultos que transitan las mismas calles. Más aún, los jóvenes no viven esas calles de la misma manera. Una periferia que se parece cada vez más a cualquier periferia. Una periferia cada vez más violenta, donde la frontera entre lo legal y lo ilegal se hace cada vez más difusa y compleja. En los últimos años Rosario ha estado en la tapa de todos los diarios y no es para menos. Rosario, se ha dicho, es la ciudad más violenta de la Argentina. En el 2009 se produjeron 124 asesinatos, en el 2011 la cifra ascendió a 164, en

el 2013 alcanzó el record histórico con 264 casos y en el 2014, después del desembarco de la Gendarmería, se produjeron tan sólo 14 casos menos que el año anterior. Es decir, en Rosario hay 20 homicidios cada cien mil personas, lo que la convierte en la ciudad más violenta del país. No es una violencia al boleo: el 90% de los casos tiene lugar en la periferia y en el 2014 el 70% tenía menos de 35 años. Los muertos los ponen los jóvenes varones y morochos de la periferia. La fuerza letal no es una violencia instrumental para cometer un robo, sino una violencia interpersonal y, por añadidura, expresiva, dispuesta para acumular prestigio o señalar los contornos de un territorio en disputa. Un territorio con el que se identifican.

Una pregunta recorre el libro de Hudson, una pregunta que se intuye página tras página, pero que recién al final se formula. Una pregunta, entonces, sin respuesta o con respuestas muy provisionarias, que se fueron ensayando entre líneas a medida que se iba describiendo, no sin cierta perplejidad, el mundo de aquellos jóvenes. Esta es la cuestión: “¿Cómo fue que al mismo tiempo que avanzaban durante la última década las mejoras económicas, sociales y la ampliación de derechos, se consolidaron subjetividades capaces de desatar conflictos letales como los contemporáneos?” Hudson está pensando en la violencia que protagoniza la policía, pero también los transas y los pibes entre sí. Una violencia enredada con una misma puntería: los jóvenes que viven en la periferia. No habla de violencias encadenadas sino enredadas.

Juan Pablo hace suya la tesis de Rita Segato para pensar el lugar que tienen las mujeres en Ciudad Juárez. En ambos casos los cuerpos funcionan como bastidores. Si el prestigio se mide con el cuerpo, si hay que poner el cuerpo para hacerse respetar, entonces el cuerpo es la superficie donde se inscriben las relaciones de poder. Los cuerpos de los pibes y las pibas son cuerpos con cicatrices que siguen doliendo,

cuerpos postrados o mutilados, con miembros amputados. Cuerpos con secuelas irreversibles, que guardan imágenes que seguramente no olvidarán jamás. Cuerpos muchas veces silenciosos. Los cuerpos de los pibes hablan, son la expresión de las nuevas conflictividades sociales. No sólo porque suelen empilchar la moda de turno y las mejores marcas, o las remeras de su jugador favorito, sino porque son dueños de una potencia sin forma, una vitalidad que no siempre se plasma de acuerdo a sus intenciones. Lo digo con las palabras de Juan Pablo: “La multiplicación de heridos de armas de fuego deja al descubierto, aún más incluso que los asesinatos, un lenguaje propio de la violencia que va configurando las relaciones sociales. Cuando jóvenes como Aaron quedan vivos pero con graves secuelas físicas, se pone en escena un eficaz intento por transformar esa invalidez en un signo comunicacional para todos aquellos que se atreven a desafiar o tan sólo cuestionar los códigos imperantes. Se trata de un lenguaje comprensible para los diferentes actores que protagonizan esas economías, aunque cada vez más oscuro para el resto de una sociedad que únicamente puede traducirlo como espectacularizadas y fragmentadas noticias de la sección policiales.”

La realidad tiene muchos vericuetos y cada uno es depositario de una *parte* de la realidad. Una realidad fragmentada, con una trama cada vez más deshilachada. Ni siquiera el consumo tiene la capacidad de identificarlos. El consumo, hemos dicho en otro libro, “Hacer el bardo”, no genera conciencia social sino más ganas de seguir consumiendo. Y, por tanto, como ha sugerido el Colectivo Juguetes Perdidos, genera *engorre*, delación, violencia. A los objetos encantados hay que defenderlos, y cuando la policía no está presente o llega tarde, los vecinos tienen que ponerse la gorra. Incluso los más jóvenes. ¿Acaso los linchamientos sociales no son el complemento del consumo para todos, un

linchamiento cometido por adultos y jóvenes a la vez, por hombres y mujeres?

Una *parte* no es sólo una versión de las cosas sino la vivencia, la energía que demandan las cosas. Porque los pibes no son el mismo pibe. Los pibes no están solos, pero quedaron expuestos cuando la vida tiene lugar a cielo abierto. El piberío es un inconjunto; no hay bandas sino grupos que van mutando, que se agrandan o achican a medida que van cayendo. Pibes que van mariposeando de un grupo a otro grupo también. Pibes que viven de joda y aprendieron a pararse de palabra. Pero otras veces pibes muy silenciosos, que casi no hablan con nadie. A veces su silencio es el resultado de una vida enclaustrada. Cuando las madres tienen miedo y lo transmiten a sus hijos, se convierten en “sombras agobiantes”; la casa se transforma en una jaula y sus hijos se la pasan sentados frente al televisor o jugando a la play. Pibes “aniñados” cada vez más obesos y con ataques de ansiedad, que conocen la angustia muy temprano, que aprendieron de chico lo que es el “bajón”. Su silencio será candidato fijo al *bullying* escolar, el *verdugueo* policial y el *descanso* de los otros grupos de pares. La angustia pueden ser las zapatillas que no pueden comprarse, las que le acaban de arrebatar; otras veces, es la policía que no te deja entrar a la ciudad, la ausencia o presencia de un padre violento, un hermano preso, un trabajo que no sólo no alcanza para nada sino que encima le agrega más estigma al piberío demonizado. Son demasiados derroteros y no siempre se puede lidiar con todos ellos. Otras veces son los pibes que paran en la esquina de a la vuelta. Demasiadas broncas hay en los barrios. Cuando los barrios se comprimen, un simple mal entendido tiene el tamaño de un conflicto mayor, y cuando eso sucede las fronteras del barrio se van moviendo todo el tiempo de lugar. Demasiadas broncas para bajar la guardia. Si te relajás te regalás. Hay

que estar siempre atentos y ganarse el respeto en cada acción.

Rosario es una ciudad donde el mundo de las finanzas y el universo transa no son mundos apartes. La especulación inmobiliaria, los agronegocios, el contrabando y el tráfico de drogas están profundamente enraizados. Donde las policías han perdido capacidad para regular el territorio y procuran recobrarlo ejerciendo más violencia. Si las pequeñas bandas se han autonomizado, no es por la corrupción policial o política, sino, como bien ha dicho Carlos Varela—ex abogado de la familia Cantero—, “porque [en Rosario] la corrupción es muy barata”. Nuevas autoridades han surgido, aunque por el momento, como bien señala Hudson, no hay nadie que se imponga definitivamente sobre la otra.

Rosario es una ciudad donde su trama social no puede contener las nuevas conflictividades sociales cuyo escenario principal es el cuerpo de los jóvenes. Donde el mundo de los mayores al no tener ya la capacidad para dar sentido al mundo de los jóvenes, marca rupturas generacionales. Tanto los padres como la escuela o los movimientos sociales, han perdido protagonismo para orientar la vida de los jóvenes. Y subrayo esto que señala Juan Pablo porque me parece de una gran agudeza: “Si ese saber ha perdido su carácter de experiencia válida es porque no garantiza recursos adecuados para habitar y lidiar con las fuerzas en pugna en la vida social. (...) Eso no significa desecharlos, puesto que ante determinadas situaciones tal vez funcione ponerlos en juego, sino aceptar que a priori no orientan ni iluminan”.

El libro es como un caleidoscopio: junta aquello que está separado, fragmentos luminosos, que tienen la capacidad de seguir brillando y producir nuevas imágenes. Porque debajo de cada derrotero, de cada biografía que transcribe, está la misma energía, más o menos

los mismos afectos, las mismas ganas de vivir y el temor a la muerte, la misma adrenalina que corre cuando la muerte acecha, el mismo entusiasmo frente a cada paso que dan cuando se corren del lugar asignado. Un entusiasmo que les devuelve ingenuidad y las ganas de seguir adelante. Por eso, que nadie se confunda con lo dicho hasta aquí. El libro de Juan Pablo Hudson es un libro que quiere contagiarse de la energía desbordante que despliegan los pibes y las pibas para lograr construir opciones disruptivas.

Dice el autor que después de cada encuentro con los pibes tenía la sensación de que ya no era el mismo. No lo dice para congraciarse una vez más con el papel que la universidad o la militancia suele asignarnos. No se trata de victimizar a los pibes para destacar nuestra solidaridad, y obtener de paso chapa de intelectual comprometido. Porque en la última década, y en paralelo a las tareas de las organizaciones de derechos humanos que fueron agregando a la violencia policial como problema, se han ido revictimizando a los pibes. En aquellos relatos los jóvenes son presentados sin capacidad de agenciamiento, como mero objetos de la violencia policial, la violencia transa, la violencia familiar, las violencias de los pares, la violencia de la droga. Pero lo cierto es que los jóvenes además de ser objetos de una máquina de inseguridad, son sujeto de prácticas afectivas a través de las cuales van modelando otras trayectorias para sus vidas. Tácticas y estrategias para hacer frente a las prácticas brutales y estigmatizantes, pero también, prácticas creativas para practicar la fuga hacia otros mundos posibles.

Juan Pablo Hudson se pelea consigo mismo, trata de no moralizar y correrse del lugar cómodo de la denuncia. El precio de la indignación es perder de vista la vitalidad que promete cada uno de aquellos jóvenes.